

JUAN PABLO RODRÍGUEZ ARGENTE DEL CASTILLO
& TERESA TINSLEY & JOSÉ RODRÍGUEZ MOLINA
(EDS.), *RELACIÓN DE HERNANDO DE BAEZA SOBRE
EL REINO DE GRANADA. HISTORIA DE LOS REYES MOROS
DE GRANADA*. JAÉN, EL OJO DE POE – ASOCIACIÓN
CULTURAL ENRIQUE TORAL Y PILAR SOLER, 2018,
115 PÁGS. ISBN: 978-84-949244-4-6.

ÓSCAR PEREA RODRÍGUEZ
The PhiloBiblon Project – Universidad Complutense

La nueva editorial giennense El Ojo de Poe pone a disposición de todos los públicos, investigadores especializados y lectores en general, una obra sobre la que siempre ha planeado cierto halo de polémica: la relación de sucesos del reino de Granada narrada por Hernando de Baeza, cuya utilidad para conocer, de primera mano y desde el lado musulmán, los pormenores de la incorporación de Granada a la Corona de Castilla, ha sido siempre muy apreciada por los historiadores del siglo XV.

Al breve prólogo (9-12) en el que Rodríguez Argente del Castillo describe el propósito de esta monografía, le sigue un estudio introductorio sobre el contexto histórico en que se enmarca la crónica de Baeza (13-26), a cargo del ilustre José Rodríguez Molina. El profesor de la Universidad de Granada sintetiza en lo posible estudios más profundos intentando cincelar el entorno en el que “Hernando de Baeza, amigo y confidente de Boabdil” (13), llevó a cabo su relato, enfatizando el valor historiográfico del mismo (15-16), sobre todo en lo que concierne a la presentación de los personajes como el Rey Chico y su madre, Aixa, afines a los Abencerrajes y a la rama materna de Muhammad XI. Es sorprendente que, al contrario de lo que la historiografía tradicional ha mantenido, el relato de Baeza enfatice la culpabilidad de aquel, dejando al margen la tradicional enemistad entre su amante cristiana, la bella Zoraya, y Aixa, madre de Boabdil. En resumen, las relaciones de frontera entre los reinos de Granada y Castilla son las que explican bien el panorama que posteriormente se iban a encontrar los Reyes Católicos.

Los tres siguientes capítulos de la monografía corresponden a Teresa Tinsley, que aporta una breve introducción a la biografía de este “autor elusivo y poco entendido” (27), antes de diseccionar su devenir vital hasta el máximo de nuestros conocimientos actuales (31-40), para finalizar con una filiación contextual e historiográfica de la relación (41-

44). Primero, Tinsley comienza desechando las poco fiables hipótesis biográficas de los investigadores decimonónicos y desenredando algunas falsas identidades del autor (en especial la confusión Fernán de Baeza y Hernando de Baeza, pp. 35-36), hasta precisar su relación con la villa y fortaleza de Alcaudete y su presencia en eventos de tal calado como la batalla de Lucena, celebrada en 1483. Es también un dato importante el hecho de que la fecha más probable en la que Baeza escribió su obra fuera “entre 1508 y 1511” (41), lo que tal vez pudiera indicar que la composición del relato se enmarca en un intento de empatizar más con el Gran Capitán, Gonzalo Fernández de Córdoba, con quien Baeza siempre estuvo relacionado al haberse criado en el castillo de Montilla (42), que con el rey Fernando el Católico. Por ello, a pesar de que toda noticia cronística debe ser debidamente contrastada con tipos documentales más variados, el gran mérito del texto aquí editado es que “resiste una visión de la historia que solo ve a vencedores y vencidos” (44).

Más adelante llega el turno de Juan Pablo Rodríguez Argente del Castillo, primero para describir la fuente primaria en la que se basa la monografía, el manuscrito MS. 633 de la Beinecke Library de la Universidad de Yale (45-58), para pasar después a la transcripción del texto completo (59-106). Es una verdadera lástima que los autores no hayan tenido acceso a la otra fuente de la obra, el códice Escalante Portilla, pues así su edición hubiera sido más completa. En cualquier caso, el códice de la Beinecke, junto al otro testimonio de El Escorial, sirve para contrastar la transcripción realizada. Es cierto que la obra es una transcripción del texto y no una edición crítica, pero a veces se echa en falta una mayor voluntariedad por parte de los editores de enmendar lo que no son sino erratas del copista, como sucede con el grosero *alearon* por *alçaron* (60), o el *padre* por *príncipe* (79), entre otros ejemplos. En cualquier caso, el texto se lee con claridad, contando el lector también con algunas anotaciones explanatorias que ayudan a la comprensión de todo el caudal de noticias relatado por Baeza.

Una poblada biografía de fuentes y libros utilizados poner fin al volumen (107-115). En estos tiempos inciertos, donde la Edad Media hispánica es tomada por muchos –tal vez demasiados– como un arma arrojada en el espectro de la política, es muy de agradecer que salgan a la luz y se popularicen textos como el de Baeza, que nos muestran hasta que punto un cronista cristiano de frontera podría hablar de un musulmán como “Abrahen de Mora, al qual yo conosçí y tuve por amigo (*sic*) y era, çierto, buen hombre” (78), desmontando de esta forma tan sencilla el impostado análisis maniqueísta que se pretende imponer desde la ignorancia de lo que supuso para nuestro pasado histórico aquella sociedad de frontera en la que cualquier aspecto vital era susceptible de ser permeable.

La obra destaca también por estar basada en una gran cantidad de testimonios orales de la época recopilados por Baeza (28-29), reivindicando la tan maltratada popularmente figura de Aixa, la madre de Boabdil el Chico, y por extensión todos aquellos granadinos que siempre prefirieron “negociación a guerra mortífera” (13). De hecho, la parte más jugosa de todo el texto es precisamente el diálogo entre madre e hijo a la hora de apenarse por pérdida de Granada (101-104), donde se nos narran escenas

de gran intensidad y tristeza pero muy alejado del relato que ha pasado como cliché a formar parte del acervo popular en relación con la caída del reino nasrí. Por ello, si muchos historiadores se han sentido frustrados al acercarse a este texto por su pureza literaria, la doble concepción, realista y relativista, de Baeza con respecto a su relato historiográfico es hoy su gran baza para que pueda ser entendida por un público mucho mayor que el investigador medievalista. Pero la literatura no empece la validez de sus datos historiográficos, razón por la que debemos celebrar esta edición aquí reseñada, pues su utilidad será máxima sea cual sea el matiz de lectura que se quiera hacer con ella, desde el público ávido de un relato valiente y apartado de la esclerosis de otras fuentes hasta el erudito especializado, pasando por el estudiante de Historia.